

Violencia de género: darse cuenta con la propia historia

Marlén Elizabeth Vásquez Camacho

Según datos de ONU Mujeres, a lo largo de su vida 1 de cada 3 mujeres ha sido víctima de violencia sexual. En México las cifras oficiales⁵ muestran las mujeres que han sido víctimas de este problema son niñas y adolescentes entre 1 y 17 años. Un alto porcentaje de sus agresores provienen del propio ámbito familiar, pero también una buena parte de ellos son conocidos sin parentesco o sus parejas.

Tení 16 años cuando convencí a mi madre de que me pagara las clases de “bailes de salón”. Me entusiasmaba la idea de bailar salsa dando vueltas como había visto alguna vez en la televisión.

Encontré un lugar muy cerca de casa y todo parecía acomodarse a la perfección. Tomar las clases me permitiría además desplazarme sola por unas cuantas calles, vivir la experiencia de sentirme mayor y libre, conquistar el mundo fuera de casa. Al menos ese era el sueño, la realidad sería otra. Al mes de estar en clases conocí a un joven de 18 años que tenía unos impactantes ojos verdes que llamaron mi atención. Era la primera vez que conocía personas fuera del ambiente escolar y me seducía la idea de expandir mi círculo social. Al parecer el interés de este chico hacia mí era más evidente de lo que yo podía percatarme.

MARLÉN ELIZABETH VÁSQUEZ
CAMACHO

Psicóloga, Psicoterapeuta Gestalt,
egresada de la Maestría en
Sexología Humanística y
Acompañamiento de Grupos

⁵ Se hace referencia a datos estadísticos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), disponibles en el sitio oficial de esta institución: www.inegi.org.mx

Es decir, todos sabían menos yo. Porque de adolescente lo que sobran son inseguridades, a una no se le ocurre que puede gustarle a alguien, así tan fácil, así sin hacer nada.

Al mismo tiempo, el primo del instructor, una persona 15 años mayor que yo que acudía a clases a la misma hora, también mostraba especial interés en mi persona; se ofrecía para llevarme a casa, me invitaba a salir, constantemente me hacía plática e incluso me regaló un peluche.

Que una persona mayor tuviera esas atenciones no era algo nuevo para mí, ya me había pasado en la secundaria y pensaba que con decir que “no” sería suficiente.

Un día, después de pagar la mensualidad de las clases, el instructor me pidió que lo acompañara a “un mandado”. Pregunté varias veces: “¿qué clase de mandado?”, pero lo único que recibía por respuesta era su insistencia para acompañarle. Al final solo me dijo que quería comprar pintura y que quería mi opinión para elegir el color. No le creí, pero me sentí importante: alguien estaba pidiendo mi opinión. Pudo más esa sensación que mi intuición acerca de lo que estaba pasando.

Salimos de la academia y dimos la vuelta hacia la derecha en la primera esquina, estábamos entrando a una especie de callejón, eran alrededor de las 6:15 de la tarde y comenzaba a oscurecer, seguro estábamos en otoño o invierno. Yo empecé a sentir miedo. Algo en mi interior me decía que saliera de ahí.

Pero antes de poder escuchar a esta voz interna, de pronto y sin decir nada, este hombre, también mucho mayor que yo, me arrinconó contra la pared y sostuvo mis manos mientras su pesado cuerpo se me venía encima. Medía alrededor de una cabeza más que yo y fácilmente pesaba tres veces más que mi delgado cuerpo. Quería besarme. Llegué a percibir su lengua intentando penetrar en mis labios y sentí asco. Ese hombre nunca me había parecido atractivo en ninguna forma, no me interesaba en lo absoluto, y no entendía lo que estaba pasando. Alcancé a juntar las fuerzas que me daban mis 16 años de vida y pude escabullirme de sus brazos mientras le decía “no, no, no”. Salí corriendo para regresar a la academia, recoger

mis cosas y salir de ahí. Todavía desconcertada por lo que estaba pasando, no alcanzaba a entender nada, pero tampoco podía regresar a casa así.

No recuerdo con claridad lo que pasó después, solo recuerdo que todos los días salía de casa a la misma hora, pero no llegaba a la academia de baile. No regresé a las clases nunca más. Acababa de pagar la mensualidad y tampoco tenía pretexto para no ir.

No podía decirle a mi madre lo que había pasado porque seguramente me regañaría, me diría que yo tenía la culpa y que por eso no me dejaban salir. Al menos eso era lo que pensaba que me diría, realmente no sé si habría sido así.

Lo siguiente que recuerdo es pasar las tardes en un parque que estaba a medio camino de casa a la academia con el chico de los ojos verdes. Creo haberle contado lo que ocurrió y recibir por respuesta algo parecido a “ese wey siempre es así”. A los quince días de eso ya nos estábamos besando, aunque yo no estaba del todo convencida de hacerlo. Después de eso nos hicimos novios, ese fue un noviazgo de casi cuatro años, el más largo que he tenido en la vida, y el más violento. Hubo celos, manipulación, sometimiento, control y un vínculo excesivamente posesivo. Mi alma tardó en conquistar la voluntad de mi cuerpo para poder salir de ahí.

Hasta hace poco tiempo había visto esta parte de mi vida como dos experiencias separadas e independientes. Ahora me doy cuenta de que es todo lo contrario. Ahora comprendo que cuando entré en esa academia de baile con mis 16 años encima, me convertí en una especie de trofeo a conseguir. Mi cuerpo se volvió un pedazo de carne que los perros peleaban para ver quién le podía dar la primera mordida. No era una persona. Mis inquietudes, desarrollo y deseos no importaban. Solo importaba la libido de todos aquellos hombres que se sintieran seducidos por mi juventud y falta de experiencia.

Yo estaba a cuatro cuadras de casa, esa era la distancia que recorría para llegar a la academia, y, aun así, mi cuerpo y mi integridad emocional fueron violentadas no solo por una persona, sino por un sistema que convierte a las mujeres en objeto al servicio de la sexualidad masculina, la dominante, la válida, la

que si tiene derecho de ser y de decidir. A cuatro cuadras de casa y aun así me sentí indefensa, sola, y por supuesto responsable de lo que me había pasado.

¿Qué hemos hecho nosotras las mujeres para ser tratadas así? A 23 años de aquella experiencia, apenas puedo contarlo y empezar a cuestionarlo.